

ROBERT MATTHEWS

¿Hacia dónde va EEUU?

En las elecciones de noviembre de 2004 en EEUU, George Bush ha ganado por 3,6 millones de votos, a diferencia de lo ocurrido en 2000 cuando perdió el voto popular por 500.000 votos. Bush ha sido elegido con el mayor número de votos recaudados por un presidente en la historia de EEUU, pero también ha recibido el mayor número de votos en contra logrado por un candidato a la presidencia. Esta elección ratifica la forma de gobierno de los últimos cuatro años, y significa que ahora el pueblo estadounidense es el responsable de que el país tenga a George Bush y a su agenda de la ultra derecha para cuatro años más. El autor hace balance, en este texto, del resultado de las elecciones y de su posible impacto en la política exterior estadounidense.

Durante los últimos tres años el Gobierno de Bush, y también durante su campaña electoral, manipuló magistralmente el miedo al terrorismo y la cuestión de la seguridad nacional. Esta estrategia favorece, en general, a los republicanos, vistos por el público como los más fuertes en cuestiones de defensa y preparación militar. Su verdadero éxito radica en que logró que los ciudadanos olvidaran o no tomaran en cuenta los fracasos en su política exterior y en la supuesta “guerra contra el terrorismo.” Además, jugó bien la carta de los aspectos morales como, por ejemplo, el aborto, la investigación con células madre y el matrimonio homosexual, que atraen a la numerosa población conservadora.

Un factor que favorece a Bush, y de una manera ante la que los demócratas no pueden competir, es el fervor religioso en relación con estas cuestiones morales. Los evangélicos cristianos conservadores representan uno de cada cinco votantes y alrededor del 40% de la base de apoyo político de George Bush. La derecha religiosa contrarrestó la opinión de la juventud (los jóvenes votaron por Kerry en un 15% más que por Bush). De hecho, el 60% de los votantes por Bush afirmó que va a la iglesia una vez a la semana, mientras que el 39% de los que eligieron a Kerry sostienen lo mismo. Otro factor que no debe subestimarse es el de la ignorancia: según las encuestas, el 40% del país piensa que Sadam Husein era responsable de los ataques del 11-S, y aproximadamente el 20% cree en un fin del mundo relativamente próximo. Los seguidores de Bush perdonaron u olvidaron que la econo-

Robert Matthews es profesor en la New York University e investigador del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM)

mía no iba bien, que el recorte de impuestos no ha ayudado nada y que la guerra en Irak ha conducido al desastre. Pero, un 22% de la población aseguró que lo que le importa son los “valores morales.” Recientemente, un padre de familia del medio oeste admitió en *The New York Times* que sabía que la reelección de George Bush no iba a ser ventajosa económicamente ni para él ni para su familia, pero, añadió, que su voto era para Bush porque “no puedo aguantar la posición de los demócratas sobre los no nacidos.”¹

El país está dividido. En este sentido, Ignacio Sotelo afirmó, “el contraste entre un [EEUU] liberal, progresista, que se ha colocado a la cabeza de la ciencia, fiel al espíritu de la ilustración que inspiró la primera república de los tiempos modernos, y un [EEUU] capaz de votar a Bush, basta esto para definirlo.” Su polarización recuerda al momento de la guerra en Vietnam. La diferencia es que en los años sesenta y setenta lo único que dividía al país era la guerra, mientras que ahora son numerosos los asuntos, tantos internos (como las cuestiones morales en relación al aborto o a los derechos de los homosexuales) como de política exterior, sobre los que existe una feroz confrontación. Lo que revela la agudeza de esta oposición es que cada parte percibe al otro como inmoral. Diversos observadores han concluido que lo que desea la extrema derecha, que tanto poder posee ahora después de las elecciones, no es simplemente derrotar a los demócratas sino eliminarlos como rival político para establecer un estado unipartidista. Quizá solo un desastre, bien sea en economía o en política exterior, podría abrir los ojos de algunos seguidores de Bush y cambiar el cálculo político en favor de los demócratas.

Política interna

En cuanto a política nacional, se formulan dos especulaciones respecto al segundo mandato del Gobierno de Bush. Por un lado, la abultada victoria obtenida por Bush en las últimas elecciones le va a proporcionar la confianza suficiente y una oportunidad dorada de presentarse como el unificador del país, y no solo como el portavoz, cerrado, de la visión mundial de la derecha jurásica estadounidense y ajeno a la búsqueda de consensos para la fijación de su agenda política interna, como demostró durante su primer mandato. Ya en la campaña de 2000 prometió jugar ese papel pero no lo cumplió. Además, como no puede ser reelegido en 2008, no tiene la necesidad de consentir ante los evangélicos fundamentalistas para asegurarse su voto. En segundo lugar, dadas sus preferencias personales muy conservadoras, su temperamento intransigente y su creencia de que ha logrado un triunfo avasallador (y seguramente con la bendición de Dios), no ve límites reales en cuanto a seguir el programa social moral de los elementos más extremos de su partido sin necesidad de mirar para atrás.

Aunque Bush habló, en términos conciliadores e implícitamente, de solventar las divisiones del país, su actitud en la rueda de prensa tras conocerse los resultados de las elecciones fue más bien calificada de desafiante. “He ganado un capital en estas elecciones, un capital político, y ahora tengo toda intención de gastarlo

¹ *The New York Times*, 19 de septiembre de 2004, p. A-1.

en lo que dije a la gente que lo iba a gastar.” Bush, por temperamento natural, convicciones religiosas y ahora, en agradecimiento por el voto de los evangélicos y votantes conservadores, es probable que intente cumplir con la agenda socio-moral de la ultraderecha laica y de los evangélicos cristianos.

Política exterior

La perspectiva internacional de EEUU en 2004 es muy diferente al escenario soñado tras la caída del muro de Berlín en 1989. La paz global anhelada al término de la Guerra Fría se ha desvanecido en favor de la guerra, y el terrorismo ha sustituido al comunismo como principal enemigo.

Ciertos aspectos de política exterior no cambiarán durante el segundo mandato de Bush. El presidente de EEUU tiene una personalidad de certezas, es enemigo de la duda y la autocrítica y su inspiración para tomar decisiones procede del mismo Dios. Para él, cualquier matización de posiciones e ideas equivale a vacilación y debilidad. Estas características dificultan considerar a Bush capaz de querer cambiar mucho la dirección anterior de su política, caracterizada por el autoritarismo y el ocultamiento. Se ha constatado la eficacia de una política basada en el miedo y la explotación del terrorismo y la seguridad nacional para fines electorales.

Así, se espera que ciertas presunciones sigan vigentes: un idealismo respaldado por el pensamiento hegemónico y basado en la fe y en la *realpolitik* de los neo-conservadores; la creencia de que vivimos en un universo maniqueo en el que se está librando una lucha hobbesiana donde se enfrentan el Bien contra el Mal; y de que EEUU tiene un papel como paladín de la libertad y la democracia mundial. Aspectos en la práctica de la política exterior, como su militarización después del 11-S, pueden continuar casi de manera automática por la trayectoria del presupuesto actual, las condiciones desastrosas en Irak y por las tendencias mencionadas en las actitudes del Gobierno.

Además, las personas responsables, no solo de las líneas generales de su política exterior sino también de sus errores y contratiempos, seguirán en sus puestos. George Bush, como él mismo lo ha manifestado, es casi incapaz de despedir miembros leales de su equipo cuando cometen errores. Ejemplo de ello son los casos de Condolezza Rice, consejera de Seguridad Nacional, con respecto a la información en base a la cual EEUU invadió a Irak; y Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa, por su papel en el escándalo de las torturas en Abu Graib, Guantánamo y otros lugares. Bush los defendió por ser “magníficas personas” haciendo “un trabajo soberbio”.

Tampoco se espera que este Gobierno modifique seriamente sus posiciones unilateralistas con respecto al Protocolo de Kioto y a la Corte Penal Internacional. En su primera rueda de prensa, Bush hizo hincapié de nuevo en la misión libertadora de su país afirmando: “hay una cierta actitud por parte de algunos que dicen que es una pérdida de tiempo intentar promocionar sociedades libres en ciertas partes del mundo.”² El unilateralismo militar adoptado durante los últimos tres años

*El presidente
de EEUU
tiene una
personalidad
de certezas,
es enemigo de
la duda y la
autocrítica y
su inspiración
para tomar
decisiones
procede del
mismo Dios*

² *El País*, 5 de noviembre de 2004, p. 10.

todavía no tiene un freno fuerte en Europa, en parte porque ésta no quiere asumir la carga militar necesaria en este momento. Como afirmó una vez el ex ministro de Asuntos Exteriores francés, De Villepin “si se quiere controlar la fuerza hay que poseerla.”³

Sin embargo, es difícil que Bush, empantanado en Irak, cometa otras “aventuras” del estilo. El caos en Irak y los enormes déficit del Tesoro imponen condiciones y límites en el margen de acción de la nueva Administración Bush. Por estas razones, es posible esperar una mayor cautela en la política exterior, mientras se mueve con energía y determinación en promover la agenda de la ultraderecha en las áreas internas y en relación con las controversias sociomorales.

El unilateralismo (y por ende la idea de que el multilateralismo es una señal de debilidad) ha creado problemas para Washington que, al menos, le harán repensar al Ejecutivo las medidas a tomar respecto a cuestiones militares. Es obvio que, a largo plazo, los grandes problemas de Irak, Irán, Afganistán y el terrorismo no se resolverán sin la cooperación europea, ni la inquietud con Corea del Norte sin la ayuda de los países de la región, por lo que el unilateralismo anterior es difícil que se sostenga. Como dijo Michel Barnier, ministro de Asuntos Exteriores francés, “los norteamericanos no pueden construir, animar y dirigir el mundo por sí solos.”

Además, la política anterior ha tenido como resultado que Washington haya perdido el apoyo de muchos de sus aliados, y ha debilitado su credibilidad en el resto del mundo. A la vez, esta política ha incrementado la vulnerabilidad del país, tanto interna como externa, al decidir la invasión unilateral de Irak y restar recursos, personal y atención que deberían haberse dedicado a amenazas nucleares más serias como Irán y Corea del Norte, a la búsqueda de Al Qaeda en las regiones fronterizas de un país aliado, Pakistán, y al desarrollo de un sistema real de protección de la seguridad interna.

El caso de Irak

Irak ha sido, probablemente, el punto culminante de las tendencias autoritarias e unilaterales de la Administración Bush y la imagen y expresión de su concepto de “guerra contra el terrorismo”, con todas sus distorsiones. La guerra, que la derecha pensaba ganar en tres semanas, no sólo continúa un año y medio después, sino que cada vez es más destructiva en vidas, infraestructuras y recursos y, en último extremo, para las propias metas políticas de Washington. Las cosas se han deteriorado hasta el punto de que, recientemente, *The New York Times* informó de que una unidad de reserva del ejército estadounidense se había negado a entregar un envío de combustible a Taji, al norte de Bagdad, porque lo consideraban una “misión suicida”. En octubre de 2004, el ex director de la CIA (Agencia Central de Inteligencia), George Tenet admitió que la guerra en Irak fue un error. Pero Bush, igual que John Kerry como candidato en la campaña, tenía un plan adecua-

³ *US Today*, 5 de noviembre de 2004, p. 11 A.

do para resolver el problema de la seguridad dentro del país y preparar una salida de las tropas estadounidenses.

Todas las justificaciones públicas en favor de la guerra en Irak de George Bush se han desvanecido: armas de destrucción masiva, vínculos con Al Qaeda y el 11-S o la amenaza inminente para la seguridad nacional de EEUU. A la vista del descalabro militar y político que se avecina, también la liberación de los iraquíes de las cadenas de la tiranía puede ponerse razonablemente en tela de juicio. Y, recuperar la credibilidad del Gobierno estadounidense y sus Fuerzas Armadas después del 11-S, es cada vez más improbable dado el deterioro de la situación en Irak. Pero, los neoconservadores que idearon el proyecto siguen aferrándose a las justificaciones geopolíticas (mucho menos conocidas) que estuvieron detrás de la precipitación hacia la guerra, de otro modo inexplicable: utilizar Irak como punto de partida para reconfigurar Oriente Medio a fin de hacerlo más compatible con las metas políticas de Occidente.

El caso de Irán

La política de Washington ha sido poco coherente y en medio del desastre de la ocupación de Irak está surgiendo un Irán que se sabe más fuerte y que podría buscar oportunidades para emplear esa fuerza. La actual coyuntura le resulta favorable para adoptar una postura internacional más enérgica. Entre estos factores hay algunos de carácter estructural, como sus reservas de petróleo y su influencia en la mayoría chiíta de Irak. Otros son factores circunstanciales: primero, los talibán, rivales fundamentalistas de los dirigentes religiosos iraníes, han sido eliminados en Afganistán. Segundo, su rival en el Golfo Pérsico, Irak, es actualmente un Estado sin dirigentes y en desintegración. Tercero, ante el caso de Irak, Irán podría haber llegado a la conclusión de que no tener armas nucleares es más peligroso para su seguridad que tenerlas. Con EEUU atrapado en una ocupación de Irak cada vez más impopular y violenta, Irán puede defender el avance de su programa nuclear.

Sus ambiciones nucleares y coqueteos con un programa de escalada de armas lo han convertido en una seria potencia regional que hay que tener en cuenta. Irán también puede ser considerado más peligroso que el Irak no nuclear de Sadam por otra razón: internamente es menos estable y su conducta internacional podría ser menos predecible. La política de hostilidad y amenazas sin sutilezas diplomáticas de EEUU en el contexto de la guerra en Irak, según muchos observadores, hace temer otro gran error de EEUU respecto a prestar la atención adecuada a Irán o hacer creíbles sus amenazas.

Los observadores estadounidenses empiezan a coincidir en que el Gobierno de Bush no capitalizó la apertura diplomática posterior al 11-S, cuando Irán no sólo respaldó muchos aspectos de la guerra estadounidense contra el terrorismo, incluido el derrocamiento del régimen talibán sino que, internamente, los moderados estaban en alza. Cuatro meses después, cuando Bush incluyó al país en su "eje del mal", debilitó a los reformistas (con consecuencias que se observan hoy) y acabó con la esperanza de reconfigurar las relaciones diplomáticas estadouniden-

ses con Irán. Hoy, los neoconservadores todavía continúan con una estrategia de cambio de régimen en Irán pero sus tácticas e instrumentos son más limitados que hace dos años.

La experiencia de establecer el control en Irak, el más débil con diferencia de los tres Estados del “eje del mal”, debería dar que pensar a cualquier aspirante a planificador de operaciones militares futuras del Pentágono. Además, ahora sería más difícil convencer a la opinión pública estadounidense de que atacar a estos países hace avanzar la guerra contra el terrorismo, dados los resultados en Irak y la evidencia de que las sociedades de los países aliados Pakistán y Arabia Saudí, así como un Afganistán poco estable, podrían representar una amenaza más grave en la promoción del terrorismo mundial. Si hace año y medio era remota la posibilidad de aplicar la doctrina del ataque preventivo a Irán y Corea del Norte (el tercer miembro del “eje del mal”) en un futuro inmediato, ahora es aún más lejana debido a este cambio de circunstancias.

Israel

A Israel le preocupa que EEUU esté ahora empantanado en Irak y no preste suficiente atención al resto de los problemas de la región desde Irán y Siria hasta el problema inextricable entre Israel y Palestina. El deterioro de la situación en Irak y el nuevo peso de Irán en la región ha hecho que los israelíes se replanteen su entusiasmo por la invasión y la eliminación de su viejo enemigo Sadam Husein. Muchos piensan que han cambiado una pesadilla por otra. Numerosos israelíes consideran a Irán, con su política islámica radical y su dedicación desde hace años a la destrucción del Estado judío y la exportación de la “guerra santa”, una oscura y creciente amenaza que, en la actual inestabilidad de Oriente Medio, podría ser peor que la que suponía Irak. La seguridad de Israel seguramente será un factor importante en cualquier decisión de Washington de retirar las tropas de Irak. Mientras tanto, no se espera en un futuro cercano un cambio en la política estadounidense hacia el Gobierno de Sharon que, en líneas generales, ha consistido únicamente en no poner trabas a su política de mano dura contra los palestinos.

Corea del Norte

La crisis de las armas nucleares de Corea del Norte es un problema militar real para EEUU, a diferencia de lo que ocurría con Irak, que no lo era aunque ahora se ha convertido en el principal. En los dos últimos años, el régimen de Pyongyang reveló la existencia de un programa, hasta entonces clandestino, de enriquecimiento de uranio. También puso en marcha los preparativos para reiniciar la planta de un reactor nuclear con el fin de extraer plutonio en Yongbyon, algo que violaba el tratado de no proliferación de armas nucleares y otros acuerdos con EEUU. Los expertos estiman que actualmente puede disponer de unas ocho bombas nucleares.

A pesar de su obstinada retórica sobre la necesidad de castigar la posesión de armas de destrucción masiva, Washington juega a demorar la negociación con

el régimen de Kim Jong Il. Dispone de más de cien bases militares y 40.000 tropas en Corea del Sur. Pero este país es, probablemente, la democracia cuya población tiene el sentimiento más anti-estadounidense del mundo. El Gobierno de Bush ha rechazado concesiones simultáneas y una diplomacia bilateral en favor de concesiones previas por Corea del Norte y negociaciones a seis bandas. Y el tiempo no juega a favor de EEUU: mientras el tiempo pasa, Corea del Norte avanza su programa nuclear.

América Latina: Colombia

En América Latina se ha acentuado el énfasis en las soluciones militares y el fortalecimiento de las relaciones ejército-ejército. No se espera un cambio de dirección de esta tendencia en un futuro cercano. En los últimos tres años, el contraterrorismo ha desempeñado, para las relaciones entre EEUU y el resto del continente, el papel central que tuvo el anticomunismo durante la Guerra Fría. Por ejemplo, inmediatamente después del 11-S, el secretario de Estado Colin Powell visitó Colombia y afirmó que ya no tenía sentido insistir en mantener la lucha contra la droga en Colombia separada de la lucha contra el terrorismo, porque los narcotraficantes y los terroristas están vinculados como amenazas para la democracia. Posteriormente, esos límites se han levantado de forma oficial, y la ayuda estadounidense puede ser utilizada indistintamente para la lucha antidrogas y anti-insurgente.

Líneas para una nueva política exterior

Los presupuestos de EEUU están sesgados hacia las operaciones militares, pero es la escasa ayuda y la poca atención a las situaciones socioeconómicas de los países en aprietos lo que propaga la frustración, la angustia y el terrorismo en las regiones en desarrollo. Los daños colaterales del unilateralismo militar de Washington, una diplomacia chapucera y una política exterior militarista, se reflejan en un histórico despliegue de antiamericanismo a lo ancho del planeta, y un antagonismo sin precedentes hacia EEUU por parte de los líderes extranjeros y los medios de comunicación. Estas repercusiones, así como los actuales costos para EEUU en sangre y recursos, todavía están por calcular.

EEUU necesita volver a centrarse en el aspecto de la guerra que atañe a las armas nucleares, en concreto en países que violan los tratados de no proliferación nuclear como Irán, Pakistán y Corea del Norte. En el último año esta amenaza se ha convertido en algo más peligroso que Al Qaeda, por un lado, porque la política estadounidense ha creado un sentimiento de urgencia en los países no afines, y, por otro, porque creó oportunidades para estos regímenes gracias al desplazamiento de la atención y los recursos a Irak.

Es necesario, por tanto, emprender una nueva política exterior basada no sólo en el trabajo policial internacional y la cooperación política, sino también en la ayuda al desarrollo. Un sofisticado programa económico que ataque la pobreza, el

desplazamiento de la población y la alienación ayudaría a secar los semilleros de terrorismo y fanatismo fundamentalista en el mundo musulmán. Que incluya el replanteamiento del apoyo de EEUU a países que tengan regímenes musulmanes autoritarios pero que son afines; y la promoción de políticas más libres y más democráticas en el mundo árabe. Esto implicaría una nueva política de cooperación con Europa y un fortalecimiento de los valores que tienen en común. EEUU ganaría, así, una apariencia de credibilidad como intermediario honesto en la región, donde su presencia ahora es funesta, un estorbo a una solución negociada para los problemas en el mundo árabe y un socio ausente en cuanto a los problemas socioeconómicos globales.